

PRESENTACIÓN

Un hombre menudo y de aspecto delicado, de semblante pálido y rasgos refinados, cabello pelirrojo claro y ojos azules de expresión soñadora.

Esta una breve descripción de Thorpe Hazell, coleccionista de libros y entusiasta del ferrocarril, caballero independiente y de holgados medios cuya erudición en lo referente a ediciones y encuadernaciones solo era equiparable a su saber casi científico sobre el mundo de los trenes.

Varias compañías ferroviarias solicitaban a menudo su experto juicio en la ardua tarea de cuadrar los horarios de sus servicios y, de cuando en cuando, les prestaba también su asesoramiento en situaciones en las que sus especiales conocimientos sobre el ferrocarril resultaban del todo impagables. La posible publicación del cuaderno privado en el que Hazell hacía crónica de tales casos ha sido objeto de gran interés durante largo tiempo para muchas editoriales.

Nuestro personaje, no obstante, tenía otras peculiaridades. Era extremadamente remilgado en lo referente a la alimentación y el deporte. Llevaba el vegetarianismo a extremos insospechados y practicaba a diario ejercicios físicos de lo más particulares, lo que provocaba el desconcierto de todo aquel que no estuviera familiarizado con sus excentricidades.

Tras esta breve descripción del hombre nos proponemos, pues, hacer pública por primera vez una selección de algunos casos del ferrocarril en los que, a lo largo de los años, desempeñó un papel relevante.

LOS CIGARROS DE PETER CRANE

—Le digo que solo he pagado por ellos cinco peniques la unidad.

Harry Brett cogió el cigarro que su cliente tenía en la mano, lo examinó con aire crítico, lo olió y acto seguido sacudió la cabeza con decisión.

—¡Es imposible! Tiene que ser un fraude.

—Desenróllelo. Adelante.

El joven estanquero rompió el cigarro por la mitad, frotó las hojas de tabaco entre las palmas de las manos y las examinó cuidadosamente.

—Pues sí —admitió—. Parece que está bien. Han utilizado una sola hoja.

—¿Qué le había dicho?

Brett se dio entonces la vuelta para buscar una caja en uno de los estantes, la cogió y escogió un cigarro que comparó con los fragmentos del otro que estaban sobre el mostrador.

—Es la misma marca —dijo finalmente—, pero no acabo de entenderlo. Verá, no puedo permitirme poner estos a la venta por menos de seis peniques la unidad. Ni siquiera a siete peniques, cuando los vendo por separado. Incluso así, el beneficio sería casi nulo. Estos ha tenido que comprarlos al otro lado del charco, señor Wilson.

—Pues se equivoca.

—No ha podido conseguirlos a ese precio en ningún comercio.

—Siento contradecirle, pero así es.

—¡Ah! ¿Entonces, los compró en una tienda?

—Sí.

—¿Dónde?

—En este mismo pueblo.

—¿En Netherton?

—Exactamente.

—¡Dios! ¿De quién se trata, señor Wilson?

—Bueno... Pues ha sido en la tienda de Crane, ya que tanto le interesa. No es ningún secreto.

Brett descargó el puño con tal fuerza sobre el mostrador que hizo temblar la báscula. Era evidente que la mención del nombre de Crane lo había alterado.

—Muy bien —dijo—. Pero le aseguro que no es posible. O Crane es más idiota de lo que pensaba o pretende dejarme sin clientes y promocionar su negocio haciendo este tipo de cosas. Dios, pero si apenas sabe cómo dirigir una tienda. No lleva más de seis meses en esto. Por supuesto, es usted libre de comprarlos, señor Wilson. Yo no puedo mejorar ese precio.

—Bueno —respondió el cliente—, sé distinguir un buen tabaco del que no lo es, y si su intención es colarme un producto de baja calidad a mí no me va a engañar. En cualquier caso hasta entonces prefiero ahorrar algún dinero, así que seguiré tratando con él. Pero como no hace descuentos en otros artículos, le seguiré comprando a usted mi mezcla de siempre.

—¡Bah, váyase a buscar su tabacuco al mismo sitio donde ha comprado esos cigarros! —exclamó Brett, sin poder contener su furia—. No estoy dis-

puesto a rebajarme de esta manera, y mucho menos a tener tratos con quienes apoyan ese tipo de chanchullos. ¡Buenos días, señor mío!

El señor Wilson no pudo contener una sonrisa ante el apasionado estallido de furia del joven. Se limitó a encogerse de hombros y salió de la tienda.

Brett apoyó los codos sobre el mostrador mientras observaba, aún furioso, los fragmentos del artículo causante de que perdiera los estribos. Conocía el negocio del tabaco desde la niñez, pues había empezado a trabajar en la tienda de su padre al terminar la escuela elemental. Al morir el viejo, tres años antes, se había hecho cargo del negocio. No reportaba grandes beneficios, pero sus cimientos era sólidos y con el paso de los años se había ganado la fidelidad de muchos clientes. Tras hacer números recientemente, Brett había comprobado que la tienda rendía lo suficiente para dar de comer a dos asociados, por lo que, desde hacía un tiempo, sopesaba la posibilidad de buscar un socio junto al cual llevar el negocio.

Sin embargo, durante los tres últimos meses ciertas cosas habían comenzado a preocuparle. Los ingresos se habían reducido notablemente, y algunos clientes fijos habían dejado de serlo. No era de extrañar que dichos problemas coincidieran en el tiempo con la aparición en escena de Peter Crane y su negocio rival en Netherton. Su oferta de apertura prometía a la clientela un «cigarro de primera» por la compra de ciento veinte gramos de tabaco.

Era algo humillante, pues ese Crane no tenía nada que enseñarle a alguien como él. En Netherton todo el mundo le tenía por un inútil que recurría a

su pobre madre viuda —que regentaba una pequeña confitería en el pueblo— cada vez que tenía ocasión. Recientemente había retirado todos los artículos de uno de los escaparates de la tienda para exponer en su lugar fragante tabaco en todas sus variedades. Como era de esperar, era la anciana quien atendía el negocio y dispensaba también la nueva mercancía, ya que Crane se ausentaba a menudo.

—Hola, Brett —dijo una voz tranquila, rompiendo el silencio de repente—. Pareces preocupado. ¿De qué se trata? Dame medio minuto, por favor, antes de responder. Es la hora de mis ejercicios del mediodía.

Brett levantó la mirada y vio a Hazell, que acababa de entrar sin hacer un solo ruido y estaba de pie frente a él. Hacía girar enérgicamente los brazos sobre la cabeza y a continuación los extendía con fuerza hacia delante en un solo movimiento. Hazell vivía en Netherton, pero tenía un piso de soltero en la ciudad donde pasaba gran parte del tiempo. Era uno de esos clientes habituales de Brett, a quien ya no le sorprendían sus pequeñas excentricidades.

Cuando el caballero dio por concluido su ejercicio, Brett se dispuso a hablarle acerca del cigarro que había despertado sus sospechas. Hazell se apoyó en el mostrador y escuchó atentamente.

—Conozco a ese joven Crane —observó—, y me temo que no es precisamente un dechado de virtudes. Por supuesto, algo así afectará a tu negocio, ¿no es así?

—Así es, señor. Hasta cierto punto.

—¿Tienes alguna sospecha?

—No sabría decirle, señor. Los puros de esta marca en particular se pueden comprar muy baratos

en Holanda y en Bélgica. Todo se explicaría si alguien hubiera logrado introducirlos en el país sin declarar su paso en la aduana.

—¿Piensa poner el asunto en manos de las autoridades?

—Oh, no voy a denunciarlo —dijo Brett, desdeñosamente—. En el ramo del comercio, como en tantos otros, existe un código de honor. Además, si no descubriesen nada ilegal yo resultaría ser el malo en todo este asunto. Algo así sería nefasto para el negocio.

—Ya veo. Has conseguido despertar mi curiosidad, Brett. En fin, quiero mis cigarrillos de la marca habitual. Gracias. Si descubres algo acerca de las andanzas de Crane, házmelo saber. Por cierto, de momento no hables sobre esto con nadie más. Buenos días.

De camino hacia casa entró en la tienda de Crane. Compró una nadería, y fue la señora Crane quien le atendió.

«Vaya», se dijo, tan pronto como estuvo de nuevo en la calle. «El cuello de su vestido era puro encaje de Bruselas. Me pregunto si las suposiciones de Brett estarán fundadas. Quizá merezca la pena investigar este caso, después de todo».

Netherton está solo a unos cuarenta kilómetros de Londres a bordo del tren de cercanías que cubre las líneas sur y este, y Hazell iba a menudo a la ciudad. Esa noche en particular tenía una cita en Kensington.

Acababa de ocupar su asiento en el vagón, cuando un joven subió a bordo y se sentó frente a él. Le echó una mirada por encima del periódico, e inmediatamente lo reconoció. Sin duda era Peter Crane. Por un momento recordó el pequeño contratiempo de

Brett, pero en seguida le quitó importancia y siguió leyendo el periódico.

No obstante, cuando el tren se aproximaba al final del trayecto y se disponía a entrar en la estación, Hazell se dio cuenta de que aún le quedaba mucho tiempo para llegar a su cita. No tenía prisa por salir hacia Kensington, de modo que decidió esperar hasta la salida del tren Continental. Una máquina como esa siempre atraía irresistiblemente su atención; el tipo de motor, sus acabados y cromados, el número de vagones del convoy... Decenas de detalles que solo un entusiasta del ferrocarril podía percibir y apreciar.

De pie en el andén, observaba con deleite cada particularidad del aparato cuando, de repente, vio a Crane caminando sin prisa hacia el despacho de billetes del Continental. Movido por un impulso irresistible, al momento siguiente estaba en la cola de viajeros, justo detrás del joven estanquero, y pudo escuchar cómo este pedía un billete de ida y vuelta a Gante. Empezaba a interesarle todo aquello.

«Bien», se dijo mientras salía de la estación y tomaba un cabriolé, «es evidente que alguien está haciendo contrabando de la manera más astuta. Pensemos. Un billete de vuelta. ¿Cómo trae los cigarros? ¿Cómo consigue pasarlos por la aduana? Es posible que nos hayamos topado con un pequeño misterio del ferrocarril. Por supuesto también podría hacer todo el trayecto en barco, pero no lo creo. Habrá que profundizar en todo esto. Siempre se ha hecho contrabando a bordo del Continental, bien lo sé. En una ocasión yo mismo vi cómo descubrían un alijo de veinticinco kilos de tabaco oculto en los bajos de un vagón de

pasajeros, en la línea de San Gotardo que atraviesa Chiasso. Creo que merece la pena investigarlo».

En cuanto tomó la decisión, Hazell no perdió ni un minuto y retomó sus pesquisas tan pronto como regresó a Netherton. No tardó en averiguar que Crane solía ausentarse regularmente en una fecha concreta todos los meses.

Y así fue cómo en la siguiente ocasión que el estancoero compró un billete para Gante, Hazell, disfrazado con una peluca negra y con el atuendo propio de un viajante, aguardaba la llegada del joven sentado a bordo del Continental, provisto de un billete con el mismo destino. Con los ojos bien abiertos en todo momento, en seguida observó que el equipaje de Crane consistía en una gran maleta marrón estilo Gladstone y un petate militar de color negro, también de considerable tamaño.

Hazell guardó las distancias con Crane durante todo el trayecto, pues sabía muy bien que sería el viaje de vuelta el que requeriría toda su atención. De modo que aprovechó para dormir todo lo que pudo. Llegaron a Gante de madrugada, y Hazell tomó nota de que Crane dejaba el petate en una consigna antes de dirigirse a un hotel en las inmediaciones de la estación, donde un botones se hizo cargo en seguida de su Gladstone.

Hazell, que casi no llevaba equipaje, miró a su alrededor y escogió un hotel justo enfrente. Llamó al timbre y le abrió la puerta un adormilado portero de noche que, sin ceremonias, le entregó la llave de una habitación de la parte delantera. De ese modo podría seguir de cerca cada movimiento de Crane. En lugar

de desvestirse, abrió su maleta y cambió su traje de viajante por un atuendo más propio de un turista. A continuación, se tumbó en la cama con el propósito de no dormir más de dos horas.

Al amanecer estaba junto a la ventana, vigilando atentamente. Después de un par de horas sus esfuerzos se vieron recompensados. Crane salía del hotel, fumándose un puro y sin sospechar nada en absoluto.

De inmediato, Hazell salió a la calle y siguió a su presa hasta la estación. Llegó a la taquilla justo a tiempo para escuchar cómo Crane pedía un billete de ida y vuelta a Amberes. Después preguntó al vendedor, como quien no quiere la cosa, si era posible comprar un billete para Amberes y utilizarlo al día siguiente.

—No, señor, los billetes únicamente tienen validez por un día —respondió el cajero.

Hazell se encogió de hombros con gesto indolente, pues no tenía por costumbre esforzarse en nada más de lo necesario. Era obvio que Crane estaría de vuelta en Gante ese mismo día. Lo único que tenía que hacer era averiguar si llevaba consigo el petate de color negro, cosa que hizo.

«Bien», se dijo Hazell, mientras caminaba ociosamente de regreso al hotel, «ese joven es muy astuto. Es obvio que ha ido a Amberes para adquirir su mercancía libre de impuestos. No hay un lugar mejor para hacerlo en todo el norte de Europa. Pero, ¿por qué motivo ha escogido esta ruta? Supone dar un gran rodeo si el objetivo es llegar a Amberes. Lo sé. Está claro que el ardid se lleva a cabo en algún momento durante el trayecto de la línea sureste. En otra le resultaría imposible hacerlo. Merece la pena averiguarlo, pero aún

no puedo hacer nada al respecto».

Desayunó, dio un paseo por la ciudad y finalmente regresó a su habitación. Había anotado las horas de llegada de los trenes procedentes de Amberes.

Entonces se dispuso a ejecutar unos ejercicios de estiramiento para relajar los músculos, consistentes en tumbarse de espaldas y sostener sobre la cabeza un vaso lleno de agua hasta el borde, en series de diez minutos cada vez, y cuyo objetivo era naturalmente no derramar ni una sola gota. Se concentró en la tarea casi por completo, haciendo coincidir sus pausas con las llegadas previstas para los trenes de Amberes. Con cada una de ellas se ponía de pie, se acercaba a la ventana y observaba atentamente la calle de la estación.

Crane apareció al caer la tarde, y entró en su hotel. Hazell pagó la cuenta de su habitación, se dirigió a la estación y esperó la llegada del tren. Ahora estaba vigilante y atento. Si ese petate negro, que supuestamente estaba guardado en la consigna, contenía cigarros, estaba ansioso por averiguar cómo lograba saltarse el control de la aduana.

Según lo previsto, Crane se presentó en la estación a tiempo para subirse al tren de enlace con el barco que le llevaría de regreso a Inglaterra.

Y esto es lo que hizo. Sacó el petate negro de la consigna y lo facturó con destino a Londres. Esto suponía que, hasta que el bulto alcanzase su destino, nadie podría acceder a su contenido, que sería debidamente registrado por los agentes de la aduana al llegar a la ciudad, pues era allí donde tenía lugar la inspección, y no en Dovehaven. La maleta marrón, que parecía contener una carga bastante pesada, la llevó

consigo en el tren.

Hazell trataba de controlar su desconcierto. Asumiendo que la maleta estuviera repleta de puros en ese momento, no veía el modo de hacerla pasar por la aduana sin declarar su contenido. Observó cómo el equipaje era trasladado a bordo del barco en Ostende, pero Crane no le prestó la menor atención a dicha operación. Se había tumbado en una de las literas de la zona común, quedándose dormido casi de inmediato con la maleta marrón a su lado.

En Dovehaven tuvo lugar la inspección de los equipajes de mano. Hazell se abrió paso entre la gente hasta situarse junto a Crane, con el fin de poder ver lo que había en la maleta marrón. Contenía un montón de libros y algo de ropa. Nada sospechoso, en cualquier caso, con la excepción de una camisa de color rosa bastante llamativa.

En cuanto dieron por concluido el registro, Crane se dirigió al maletero que llevaba su equipaje:

—Póngala en el furgón y etiquétela con destino Londres. No quiero llevarla conmigo en el vagón.

Hazell, algo confundido, siguió de cerca al guardia, se aproximó al furgón y observó cómo cargaban en él las pertenencias de todo el pasaje, entre las cuales estaban las dos maletas de Crane. El guardia se dispuso a ayudar a los maleteros para acelerar un poco las cosas, ya que el barco había llegado con bastante retraso.

—¿No piensa subir, señor? —dijo el guardia con impaciencia, dirigiéndose a Hazell tan pronto como dieron por concluida su tarea—. Ocupe su asiento, por favor. ¡Ahora mismo!

Un estridente silbido, un par de señales con la

lamparilla de color verde, y el tren se puso en marcha. La única parada sería el final de trayecto, en la estación de Londres.

«Qué curioso», se dijo Hazell mientras sacaba de su maleta un paquete de chocolate y una petaca con leche y se disponía a cenar. «Quizá me haya equivocado, después de todo». De repente, una idea le hizo exclamar con cierta impaciencia: «¡Ah! En fin, lo mejor será esperar hasta llegar a la ciudad».

Dos horas más tarde, esa misma noche, el tren llegó a la terminal de Londres, después de haber atravesado Netherton sin efectuar parada. Tras la larga barrera aguardaba un grupo de agentes de la aduana, dispuestos a registrar los equipajes facturados antes de permitir su paso. Hazell observó cómo iban sacando bultos, hasta que las maletas de Crane fueron depositadas en la plataforma. Crane cogió la marrón, y uno de los maleteros lo acompañó con el petate negro hasta el mostrador donde se llevaban a cabo los registros. Hazell se mantuvo cerca pero en un segundo plano, esperando, ansioso, el desenlace de todo aquel asunto.

—¿Tiene algo que declarar, señor? ¿Tabaco, perfume, cigarrillos?

—No, nada.

—Abra la maleta, por favor.

—Por supuesto.

Retiró el cierre del gran petate negro y lo abrió por completo. Hazell se estiró hacia delante y logró entrever la camisa rosa y varios libros.

El petate contenía los mismos artículos que había visto dentro de la maleta marrón en Dovehaven.

Se le ocurrió una solución para salir del paso.

Miró a su alrededor y vio a un inspector al que conocía. Apresuradamente se acercó a él y le dijo, entre dientes: «Jarvis, soy Thorpe Hazell. Estoy aquí».

—Cielo santo, jamás le habría reconocido. Yo...

—Silencio. Contrólese, hombre. Rápido, ¿ve a ese hombre del abrigo claro que cierra su maleta? Acérquese con uno de sus agentes para que examine la maleta de color marrón que tiene a su lado. ¡Ahora!

Al instante, Jarvis se encontraba detrás del mostrador, hablando con el oficial al cargo. Crane ya había cerrado su petate, y estaba a punto de marcharse. Hazell se alejó rápidamente.

—Señor, un momento.

—¿Qué ocurre?

—La otra maleta. Necesito verla.

—No es equipaje facturado. Ya ha sido registrada en Dovehaven. Puede ver la marca de tiza...

—Da igual. Ábrala, por favor.

—¡Oh, está bien! —chilló Crane, al tiempo que soltaba una risotada y colocaba la maleta sobre el mostrador para abrirla—. Aquí la tiene.

El agente miró en su interior, y en su cara en seguida se dibujó una sonrisa.

—¡Todo en orden, señor! —exclamó.

Jarvis, que estaba de pie a su lado, sonrió también. Un minuto después, Hazell lo abordó, ansioso.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué había dentro de la maleta?

—Nada, señor. ¡Estaba vacía!

—¿Vacía, dice? ¡Oh! Por favor, no comente esto con nadie, Jarvis.

Se dirigió a la cantina y pidió una taza de café,

encendió un cigarrillo y se sentó a reflexionar. Por primera vez en su vida se sentía completamente desconcertado. Cuando aún se encontraba a bordo del tren todo le parecía muy simple, y estaba seguro de que en cuanto abrieran la maleta de color marrón el enigma se resolvería. Minutos después, no obstante, ya había trazado un nuevo plan de acción, y salió de la cantina con paso decidido. Jarvis estaba aún en el andén.

—Jarvis —dijo—, no quiero que nadie sepa que esta noche he viajado a bordo del ferry.

—Por supuesto, señor.

Jarvis sabía que Hazell había resuelto más de un misterio del ferrocarril y que podía confiar en él.

—Pensaba que había pillado a un contrabandista, ¿verdad? —preguntó.

—¡Oh! —respondió, arrastrado las palabras—. Tenía una leve sospecha, eso es todo. ¿El directo circula esta noche?

—Sí, señor. Bob Nobes es el maquinista. Un buen conductor.

—Ah, por cierto, el guardia de Dovehaven fue muy hábil con el equipaje.

—¿John Crane, señor? Sí, es uno de nuestros mejores agentes. Se ocupa habitualmente de este tren.

Los ojos de Hazell centellearon por un instante.

—Dígame una cosa... ¿No ha visto adónde se dirigía el joven, verdad?

—Ha subido al tren del andén número dos.

—Ah, es el mío, creo... El de Netherton. Buenas noches, Jarvis.

Subió al tren con una sonrisa de satisfacción. Estaba decidido a resolver ese pequeño misterio.

Dos días más tarde, estaba en el estanco comprando cigarrillos.

—Ah, por cierto, Brett —dijo—, creo que puedo prometerte que tu odiado rival pronto echará el cierre a su negocio.

—¿Es eso cierto, señor? Bueno, no puedo decir que vaya a sentir lástima por él. He perdido la mitad de mis beneficios por la venta de puros.

—¡Ah! Brett, hay un tipo llamado John Crane o algo por el estilo. ¿Le conoces?

—Es el primo de Peter, señor.

—Ya veo. Bien, mantén la boca cerrada y avísame cuando te enteres del próximo viaje de nuestro amigo Crane. Creo que entonces tendremos ocasión de pasar un buen rato.

Tres semanas después Hazell recibió la esperada nota de Brett, a la que respondió lo siguiente: «Ven mañana a mi casa a las ocho de la tarde. Y ponte un buen abrigo, lo vas a necesitar».

El estanquero se presentó puntual, y se reunió con Hazell en su estudio.

—Siéntate, Brett. ¿Quieres agua y tostadas? ¿No? Bueno, entonces coge uno de tus cigarrillos.

—Gracias, señor.

—He pedido un coche para las 8.30, aproximadamente. Por eso te he dicho que trajeras un buen abrigo.

—¿Qué vamos a hacer, señor?

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

Poco después avanzaban dando tumbos a bordo del pequeño coche de caballos por la carretera que discurre en dirección opuesta a Londres. Hazell sostenía las riendas, y se esforzaba por mantener la

boca cerrada. Después de recorrer unos once o doce kilómetros, Hazell abandonó la carretera principal y continuó por un camino.

—¿Sabes hacia dónde conduce este camino?

—Pues sí. Atraviesa las tierras comunales de Pinkney, señor.

—Exacto —dijo, y después añadió—: ¿Ves las luces de la vía principal?

—Sí, señor.

Dos luces de color rojo rompían la negrura del cielo nocturno.

—¿Y el paso a nivel?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora apagaremos las nuestras.

Detuvo el coche un instante antes de llevar a cabo la operación.

—Ahora seguiremos avanzando a campo traviesa por ese prado. Y si tienes algo que decir a partir de ahora que sea en voz baja, por favor.

Se aproximaron un poco más a las vías. A su izquierda, donde la carretera atravesaba el paso a nivel, podía verse la brillante luz de la cabina del guardabarrera. Hazell tiró de las riendas del caballo para detener el coche.

—Ataremos la jaca a este árbol —susurró—. Está bien. No habrá que esperar mucho.

—Es un lugar solitario —dijo Brett.

—En efecto. No debemos acercarnos demasiado a las vías, de modo que aquí estaremos bien. El que nos interesa es el tren de ida.

Preguntándose lo que iba a ocurrir, Brett esperó sin decir palabra. Finalmente, fue Hazell quien rom-

pió el silencio:

—Ya viene. Se pueden ver los faros. Ahora, observa y mantén los ojos bien abiertos.

Una luz blanca apareció en la distancia, por encima de la señal de color verde. Su brillo aumentaba por momentos. A medida que se aproximaba escucharon el aullido del expreso, y segundos después los vagones comenzaron a pasar ante ellos a considerable velocidad. Las vías del tren discurrían sobre un terraplén cuya pendiente no era muy pronunciada.

—¡Mire! —dijo Brett, de repente—. Una de las puertas está abierta. La del último vagón.

—Exacto. El vagón del guardia, Brett. Ahí lo tienes. ¡Mira! ¡Ah, estás a punto de presenciar una pequeña e ilícita maniobra de contrabando!

Pronto pudieron ver con claridad la silueta del guardia, recortada contra la luz encendida en el interior de su vagón. Situado en el umbral de la puerta, trataba de mantener el equilibrio mientras sujetaba un objeto grande y pesado que, un segundo después, dejó caer sobre la blanda superficie cubierta de hierba del terraplén. Cuando el tren atravesaba el paso a nivel vieron aparecer por unos instantes una luz de color verde en el portón del vagón del guardia. Acto seguido, este se dirigió hacia la parte trasera del convoy.

—Ahora —dijo Hazell— esperaremos a ver qué ocurre. Pero antes nos acercaremos lo más posible a ese paquete. ¡Ah, ahí está! Un arbusto de lo más conveniente, por cierto. ¡Ya se acerca, Brett!

Un hombre, con una linterna en la mano, se aproximaba cojeando lentamente desde la cabina del guardabarrera. Tras avanzar unos pasos se detenía,

como si estuviera buscando algo. De repente, soltó un gruñido de satisfacción al ver caer el haz de luz sobre el paquete tirado en la hierba.

Estaba a punto de recogerlo cuando Hazell salió de la oscuridad y dijo, tranquilamente:

—¿Qué porcentaje se lleva de los beneficios de esta pequeña transacción, amigo mío?

—¡Santo Dios! —exclamó el otro, dejando caer la linterna de puro miedo.

Hazell la recogió del suelo y dirigió la débil y temblorosa luz hacia él.

—¡Ah, veo que tiene una pierna de madera! No le servirá de nada correr. Supongo que debía guardar este pequeño lote hasta que Crane viniera a recogerlo.

—No sea duro conmigo, señor. Ni siquiera sé lo que contiene. Si esto se sabe, señor, perderé mi trabajo.

Hazell se rio.

—Responda a mi primera pregunta, hombre. ¿Cuánto saca de esto?

—Diez chelines cada vez —dijo el delincuente, titubeando.

—¡Una paga indigna del riesgo, sin duda! ¿Cuánto tiempo lleva Crane haciendo esto?

—Seis o siete meses, señor.

—Ya veo. Bueno, pues me temo que mañana no recibirá este paquetito. Cuando venga a buscarlo puede decirle que nos hemos adelantado. Mi recomendación es que le pida al menos medio soberano antes de contarle lo ocurrido. Puede incluso decirle que llame directamente a la Somerset House si quiere recuperarlo. Buenas noches. Aquí tiene su linterna.

—Perderé mi empleo, señor.

—No por esta vez. En cualquier caso, puede considerarse afortunado. Brett, ayúdame con el paquete.

Juntos llevaron el fardo hasta el coche, donde lo aseguraron en la calesa y lo cubrieron con una lona, antes de ponerse en marcha de regreso a casa. Una hora más tarde, aproximadamente, los dos estaban sentados en el estudio de Hazell.

—Creo que nos hemos ganado uno de estos antes de que los envíe de vuelta a la aduana —dijo Hazell, escogiendo un cigarro—. ¿Y bien? ¿Cuánto crees que habría sacado de este lote?

Brett examinó las cuatro cajas de doce unidades.

—Bueno, señor... Si, como usted dice, las adquirió en Amberes, no es difícil saber el precio que pagó. Se habrá ahorrado veinticinco libras en impuestos, posiblemente más. Y en total, el lote cuesta al menos otras cincuenta libras. Pero, ¿cómo lo averiguó usted, señor?

Hazell le contó su periplo a Gante, y el registro en la aduana londinense.

—Reconozco que por un momento me sentí perdido —dijo—, aunque estaba seguro de que nuestro amigo no había hecho un viaje tan largo para volver de vacío. Solo tuve que indagar un poco para confirmar mis sospechas de que el guardia estaba implicado, y poseía además un duplicado de la llave para abrir el petate. Y ya tenía la solución. Era indudable que los cigarros estaban en el país, la cuestión era encontrarlos. Un problema muy simple, pues. Solo tuve que vigilar a Crane. No descubrió al ciclista que le seguía al día siguiente, cuando salía del pueblo en un coche de tiro. Tampoco vio al mismo ciclista, escondido con unos gemelos tras los arbustos en los Pinkneys, mien-

tras recogía un paquete en la cabina del paso a nivel. El resto ya lo sabes. Imaginé, con bastante tino, en qué lugar arrojarían el siguiente envío. Y aquí está.

—Hay algo que aún no entiendo, señor —respondió Brett—, y es lo siguiente: ¿por qué el guardia no puso los cigarros en la maleta marrón para hacer la entrega? Y no solo eso, ¿por qué utilizar dos maletas?

—¡Oh, pero si ese es el truco principal! Ahí reside la mayor sutileza de todo este asunto. El petate negro fue pesado y registrado en Gante, y era imprescindible que su peso fuera el mismo al llegar a Londres. Por eso llevaba todos esos libros y necesitaba la otra maleta. Además, tanto él como el guardia eran conscientes de que los inspectores son muy metódicos en estas lides. Por otro lado, si había constancia de que había hecho el viaje de ida con dos maletas y solo regresaba con una, despertaría sus sospechas. Por eso no se podía deshacer de la otra maleta. Todo estaba muy bien planeado. Ahora volveremos a empaquetar los cigarros. Pero no, espera un momento. Quiero otros tres o cuatro de estos. Así está bien.

Empaquetaron de nuevo las cajas y se dispusieron a enviarlas a la aduana.

—Lo enviaremos de manera anónima. Espero que el señor Crane se tome unas vacaciones después de su próxima visita al cruce de Pinkneys. De veras quiero darte las gracias, Brett, por haber puesto en mis manos este pequeño e interesante caso. No creo que sea necesario volver a actuar. Los tres implicados se asustarán lo bastante como para olvidarse del asunto de una vez por todas. ¡Buenas noches!

Hazell estaba en lo cierto. Peter Crane desapa-

reció repentinamente, y el escaparate reservado al tabaco volvió a exhibir productos de repostería.

Las perspectivas de futuro de Harry Brett mejoraron de tal modo con la vuelta a la normalidad aduanera que pronto se decidió a seguir adelante con el proyecto de ampliar su negocio. El socio elegido aceptó sus condiciones, y ambos firmaron el contrato de la nueva sociedad en la sacristía de la iglesia parroquial.

Semanas después del incidente, Hazell estaba en uno de los andenes de la estación londinense, observando a los viajeros que descendían del Expreso Continental. Cuando el bullicio fue decayendo y la pequeña multitud terminó por disolverse, caminó hasta la parte trasera del tren, donde estaba el guardia.

—¡Tenga un cigarro, agente! —dijo, mientras le ofrecía su pitillera.

—Gracias, señor.

—Coja tres o cuatro. Son más suyos que míos.

—¿Perdone, señor?

—Creo que los dejó caer desde su vagón hace unas semanas, justo al pasar por el cruce de Pinkneys. ¡Buenas noches!

Al llegar al final del andén se dio la vuelta. Allí estaba el agente Crane, inmóvil como una estatua, observándole, con la cara tan pálida como si lo acabara de alcanzar un rayo.